

VI JORNADAS DE ESTUDIO Y REFLEXIÓN
SOBRE EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL ARGENTINO Y LATINOAMERICANO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GINO GERMANI

Buenos Aires, 1, 2 y 3 de septiembre de 2016

Título del trabajo: ***Global sixties* versus los estudios de caso. Un análisis crítico de las perspectivas de la historia global sobre los '60, tras 10 años de investigación sobre el movimiento estudiantil**

Autor: Mariano Millán

Pertenencia institucional: Conicet – IHAA Dr. Emilio Ravignani (UBA) – Sociología, UBA.

Correo electrónico: marianomillan82@gmail.com, mmillan@sociales.uba.ar

Resumen

El presente trabajo es un ensayo bibliográfico acerca de las revueltas estudiantiles de los años '60 y '70, donde comparamos tres conjuntos de textos: los análisis globales realizados en el mismo momento de los hechos o con inmediata posterioridad, los escritos más recientes que buscaron dar una explicación global del fenómeno que nos ocupa y los estudios de caso y comparativos de distintos países de América Latina, en su mayoría realizados durante la última década. A partir de este cotejo, concluimos que la idea de un ciclo global de protesta estudiantil tiene capacidad explicativa a nivel muy general, pero que los trabajos más detallados demuestran cierta discordancia respecto de muchas ideas fuerza a nivel global: no parece existir una crisis y/o retroceso de los partidos comunistas entre la juventud movilizada; tienen gran importancia los reclamos académicos; contrariamente a las tesis generacionales, las características del sistema político resultan fundamentales para comprender las acciones estudiantiles; al mismo tiempo no observamos que las cuestiones económicas tengan un fuerte nivel de determinación y, sobre todas las cosas, las relaciones entre militancia estudiantil y organizaciones revolucionarias es mucho más mediada de lo que suele señalarse.

INTRODUCCIÓN

Actualmente, existe una influyente tendencia para analizar las revueltas juveniles y estudiantiles de los años sesenta como una oleada global. La simultaneidad de hechos aparentemente similares en distintos puntos del planeta contribuye a pensar aquellos fenómenos como *global sixties*. Asimismo, ciertos rasgos, como el antiautoritarismo y algunas ideas radicales, permiten fortalecer esa tendencia

conceptual a la unidad.¹ Este enfoque global de varios analistas de principios del nuevo siglo coincide con muchos escritos contemporáneos de los acontecimientos y con el de autores como Hobsbawm, que plantearon perspectivas análogas desde hace más de veinte años.² Aquí nos proponemos repasar las distintas teorizaciones en torno a este fenómeno y sopesar sus virtudes y debilidades en función de los hallazgos de diferentes estudios de caso. Para ello tomamos las tesis más salientes y analizamos sus variables explicativas: las tesis generacionales, económicas, demográficas, culturales, políticas y multidimensionales; para finalmente hablar de los problemas y cuestiones abiertas.

LAS TESIS GENERACIONALES

El protagonismo juvenil en las revueltas de los sesenta inspiró a muchos contemporáneos para pensar este fenómeno como parte de una ruptura generacional de posguerra, aunque algunos autores intentaron rastrear el conflicto más allá de aquella era.³ La destacada antropóloga Margaret Mead, utilizando ejemplos de varios puntos del planeta, construyó una tipología relaciones generacionales en las culturas, llegando a tres modelos: el post-figurativo, el co-figurativo y el pre-figurativo.⁴

En las sociedades *post-figurativas*, resulta determinante la preeminencia de las generaciones mayores y los jóvenes se dedican, fundamentalmente, a repetir las pautas culturales de sus ancestros. Son colectividades con fuerte peso de la tradición y débiles tendencias al cambio. Desde el advenimiento de la modernidad occidental se articuló un nuevo modelo, llamado *co-figurativo*, donde los pares generacionales tienen primacía cultural. Esta forma transicional, relativamente escasa, se articuló en ámbitos como las vanguardias en el arte o las ciencias.

Hacia los años sesenta, según Mead, la “revolución tecnológica”, produjo transformaciones sin precedentes en la relación de los humanos con su entorno material. El resultado de ello fue que los miembros más antiguos de la sociedad estaban incapacitados, por su socialización, para manejarse en la nueva realidad y requerían el concurso de los jóvenes que habían crecido con las nuevas tecnologías y/o las habían creado. En este escenario emergió una nueva modalidad de relaciones intergeneracionales, la cultura pre-figurativa, donde los ancestros deben aprender de sus descendientes.

A pesar de estas transformaciones, los puestos clave en la dirección institucional de las sociedades estaban en manos de las generaciones mayores, sin permitir a los jóvenes una participación acorde a

¹ En este sentido leer, por ejemplo, Nieto, A. (1971) *La ideología revolucionaria de los estudiantes europeos*. Barcelona: Ariel; o los capítulos III, IV y V del clásico de Feuer, L. (1969) *El cuestionamiento estudiantil del establishment en los países capitalistas y socialistas*. Buenos Aires: Paidós.

² Hobsbawm, E. [1995] (2002) *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires: Crítica. Caps. 10 y 11, pp. 290-345.

³ Feuer, L. (1969) *El cuestionamiento estudiantil del establishment en los países capitalistas y socialistas*. *op. cit.* Ver también la compilación soviética: AAVV (1979) *La sociedad y la sucesión de las generaciones*. Moscú: Progreso.

⁴ Mead, M. (1971) *Cultura y Compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*. Buenos Aires: Granica Editor.

su nuevo rol en la vida colectiva. Las revueltas juveniles y estudiantiles serían la puesta en evidencia de esta asincronía, o desacople, entre el ritmo de desarrollo social más general y la dinámica de las instituciones políticas.

Dentro de la sociología, hubo destacados esfuerzos por comprender la intervención juvenil en los conflictos de aquellos años. Para el caso alemán, Norbert Elías produjo un sugerente texto (entre fines de los '70 y principios de los '80), publicado póstumamente, que aborda la violencia revolucionaria en la República Federal como expresión de una ruptura generacional en la “comunidad nacional” de posguerra, donde los jóvenes buscaron tomar una distancia radical con el pasado nazi.⁵ Este autor, al igual que Mead, señaló el bloqueo generacional en las instituciones, comandadas por hombres mayores de sesenta años, como una de las causas de la voluntad revolucionaria de los jóvenes. Otros análisis remarcaron las redes internacionales de muchachos norteamericanos y alemanes durante aquellos años como un factor clave.⁶ Sin embargo, esas tesis son objeto de controversia por subestimar las contradicciones propias de la República Federal, sobre todo las desplegadas a partir del autoritarismo.⁷

A pesar de las similitudes entre Mead y Elías, las diferencias son bastante pronunciadas. Mientras Mead produjo un enfoque global, Elías se ciñó a lo ocurrido en Alemania; si la antropóloga reflexionó a partir de las cuestiones tecnológicas, el sociólogo lo hizo en torno a la herencia político cultural germana después del nazismo. Estos autores no fueron los únicos que señalaron semejantes cuestiones. Eric Hobsbawm, con un perfil más económico, resaltó que:

“¿Cómo era posible que los chicos y las chicas que crecieron en una época de pleno empleo entendiesen la experiencia de los años treinta, o viceversa, que una generación mayor entendiese a una juventud para la que un empleo no era un puerto seguro después de la tempestad, sino algo que pudiera conseguirse en cualquier momento (...) Esta versión del abismo generacional no se circunscribía a los países industrializados, pues el drástico declive del campesinado produjo brechas similares entre las generaciones rurales y ex rurales, manuales y mecanizadas.”⁸

En el presente, existe un amplio y heterogéneo campo de estudios sobre los sesenta a nivel global que destaca la existencia de una revolución cultural,⁹ o la irrupción de una cultura juvenil característica,¹⁰ en un principio a través de la noción de *estilo*, que permite comprender los

⁵ Elías, N. (2010) *Los alemanes*. Buenos Aires: Trilce. Véase “El terrorismo en la república federal alemana: expresión de un conflicto social intergeneracional”, que figura como apéndice de la tercera parte “Civilización y violencia”. Pp. 240 – 306.

⁶ Klimke, M. (2011) *The Other Alliance. Student protest in West Germany and the United States in the global sixties*. New Jersey: Princeton.

⁷ Brown, T. (2013) *West Germany and the Global Sixties. The Antiauthoritarian Revolt, 1962–1978*. New York: Cambridge.

⁸ Hobsbawm, E. [1995] (2002) *Historia del Siglo XX. op. cit.* Págs. 330/1.

⁹ Para ver uno de los más actualizados estudios: Marwick, A. (2011) *The sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy and the United States, 1958 – 1974*. London: Bloomsbury Reader.

¹⁰ Uno de los trabajos fundacionales es: Hall, S. y Jefferson, T. (eds.) [1975] (2014) *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*. Madrid: Traficantes de sueños. Una síntesis de la trayectoria de la cuestión juvenil y su enfoque cultural en las ciencias sociales puede leerse en Feixa, C. y Nofe, J. (2012) “Culturas juveniles”, en *Sociopedia.isa*. Disponible en: <http://www.sagepub.net/isa/resources/pdf/Youth%20Cultures%20-%20Spanish.pdf> [visitado agosto de 2016]

consumos de ocio y la constitución de símbolos subculturales de los jóvenes, aunque la preocupación inicial, que se fue difuminando, era: "...«leer» el estilo, en el sentido de revelar los significados ligados a sus elementos constitutivos y a las relaciones entre ellos, puede proporcionar un método para generar mapas de la conciencia de clase de la juventud como un todo complejo y contextualizado."¹¹ En Argentina también existen trabajos sobre el tema, aunque no contienen una preocupación clasista.¹²

Como puede verse, la marca generacional está presente desde muchas perspectivas de análisis: tecnológica, política, económica y/o cultural. La pregunta relevante, allende la obviedad de que los estudiantes "eran jóvenes" ¿qué relación tiene la idea de ruptura generacional con los movimientos estudiantiles? Como no contamos con trabajos sobre la ruptura generacional en cada uno de los contextos donde hubo movimientos estudiantiles, tendremos que pensar la cuestión desde una aproximación tentativa.

Las investigaciones sobre el movimiento estudiantil de las provincias argentinas no sugieren una ruptura generacional respecto del ámbito tecnológico. Asimismo, la fuerte presencia del reformismo universitario y la creciente importancia del socialcristianismo indican que tampoco observamos una fractura con las tradiciones políticas anteriores; mientras que las transformaciones económicas del desarrollismo y de la dictadura de Onganía parecen haber nutrido de aliados potenciales a los estudiantes, pero de ninguna manera situaron a los alumnos como grupo de edad en situaciones incomparables respecto de sus progenitores.¹³ Algo similar puede encontrarse en los estudios sobre los casos de Brasil,¹⁴ Colombia,¹⁵ Chile,¹⁶ México¹⁷ o Uruguay.¹⁸

¹¹ Murdock, G. y McGron, R. (2014) "Conciencia de clase y conciencia de generación" en Hall, S. y Jefferson, T. (eds.) [1975] (2014) *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra. op. cit.* Pp. 293 – 314. Pág. 309.

¹² Una síntesis puede encontrarse en Pujol, S. (2003) "Rebeldes y modernos: una cultura de los jóvenes" en James, D. *Nueva Historia Argentina*. Tomo IX. Buenos Aires: Sudamericana. Pp. 281 – 328. También cabe destacar la tesis doctoral de Manzano, V. (2009) *The making of youth in Argentina: culture, politics, and sexuality 1955 – 1975*. Bloomington: Indiana University.

¹³ Millán, M. (2013) *Entre la Universidad y la política. Los movimientos estudiantiles de Corrientes y Resistencia, Rosario, Córdoba y Tucumán durante la "Revolución Argentina" (1966 – 1973)*, Tesis de Doctor en Ciencias Sociales. Buenos Aires: UBA.

¹⁴ Millán, M. (2012) "Movimiento estudiantil y procesos políticos en Argentina y Brasil (1964-1973)" en *Século XXI*, Revista de Ciências Sociais, v.2, no 2, p.73-112; Poerner, A. (1968) *O poder joven*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira; Mancebo, D. (1999) "Universidad del Estado de Río de Janeiro: resistencia estudiantil y reacción universitaria (1950-1978)" en Marsiske, Renate. *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*. Tomo I. México D. F.: UNAM; Ribeiro do Valle, M. (2008) *1968. Diálogo é a violencia. Movimento estudantil e ditadura militar no Brasil*. San Pablo: Unicamp.

¹⁵ Acevedo Tarazona, A. y Villabona Ardilla, J. (2015) "El cogobierno en la Universidad de Antioquia, 1970-1973: Una victoria del movimiento estudiantil y profesoral", en *Historia y Espacio* n° 44, Universidad del Valle, Cali. Pp. 145 – 196; Acevedo Tarazona, A. (2009) "La Marcha de los estudiantes: 1964. Un hito en la historia del movimiento estudiantil colombiano", en *RHEC* n° 12. Pp. 155 – 173; Achila, M. (2012) "El movimiento estudiantil en Colombia, una mirada histórica", en *OSAL* n° 31. Buenos Aires: CLACSO. Pp. 71 – 103; Celis Ospina, J.C. (s/f) "Los orígenes de la contestación universitaria en Medellín entre 1957 y 1968", *Revista electrónica de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas* n° 1. Medellín. Pp. 2 – 14 y Pardo, M. y Urrego, M. (2003) "El movimiento estudiantil de 1971 en Colombia". Ponencia en el Primer Congreso Internacional sobre Historia de las Universidades de América y Europa. Córdoba.

La excepción al respecto la constituye el movimiento estudiantil peruano, donde el crecimiento del Partido Comunista del Perú Sendero Luminoso se encuentra íntimamente relacionado con las transformaciones en la estructura agraria peruana y la llegada de contingentes de ex campesinos a las aulas de las universidades, en una experiencia generacional completamente novedosa:

“Este radicalismo era parte de una segunda oleada de masificación que experimentó la universidad pública. A diferencia del primer proceso impulsado mayoritariamente por clases medias urbanas y provincianas, esta vez fueron los hijos de campesinos pobres y con mayor raigambre popular y que accedían a la universidad.”¹⁹

En cuanto a la cultura juvenil, parece bastante notorio que existen elementos característicos en Buenos Aires, Montevideo, Santiago, Río de Janeiro y San Pablo, Ciudad de México y Lima. Sin embargo, los contenidos no pueden asimilarse en una única categoría. Veamos el ejemplo de la música latinoamericana: la bossa nova, el rock nacional, la nueva canción chilena, los Saikos peruanos o cantores como Viglietti y Zitarrosa no reconocen grandes afinidades melódicas, tampoco podemos decir que todas aquellas expresiones fueran “estrictamente juveniles” y, menos que menos, relacionar necesariamente sus contenidos con las prácticas políticas de quiénes los escuchaban.

Si nos permitimos acotar la noción a subculturas con un léxico propio y representaciones bastante nítidas de la sociedad global, la noción puede hacerse operativa y englobar desde el fenómeno de los “jóvenes rojos” retratado por Nicolás Linch para el caso de la Universidad Mayor de San Marcos,²⁰ hasta los hallazgos de Vania Markarian que demuestran la existencia de una amplia cultura juvenil crítica en Montevideo, con exponentes en las artes dramáticas, literarias y musicales,²¹ pasando por los “grupúsculos” mexicanos de la base radical joven descritos por Sergio Zermeño e integrados por, entre otros, José Revueltas.²² En el caso francés, donde comenzó

¹⁶ Glyzer, M. (1968) “Las actitudes y actividades políticas de los estudiantes de la Universidad de Chile” en Solari, A. (ed.) *Estudiantes y política en América Latina*. Caracas: Monte Ávila, 1968. 273 – 335; Rivera Tobar, F. (2011) “Laicos, Católicos y Técnicos: Análisis comparativo de las experiencias de reforma universitaria en la universidad de Chile, Católica y Técnica del Estado. Chile 1960-1973” Informe de Investigación, CNED, Santiago de Chile; Millán, M. (2013) “Estudiantes y política en Argentina y Chile (1966 – 1973)”, Revista *Izquierdas* n° 16, USACH. Pp. 31 – 54.

¹⁷ Poniatowska, E. (1971) *La noche de Tlatelolco*. México: Era; Volpi, J. (1998) *La imaginación al poder. Una historia intelectual de 1968*. México: Era; o Zermeño, S. (1978) *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. México: Siglo XXI.

¹⁸ Markarian, V. (2012) *El 68 uruguayo El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

¹⁹ Comisión para la Verdad y la Reconciliación (2003) *Informe final*. Tomo III. Lima. p. 612/3.

²⁰ Linch, N. (1990) *Los jóvenes rojos de San Marcos. El radicalismo universitario de los años setenta*. Lima: El Zorro de Abajo.

²¹ Markarian, V. (2012) *El 68 uruguayo El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat. op. cit.*

²² Zermeño, S. (1978) *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. México: Siglo XXI. José Revueltas dejó un importante libro con sus escritos del período: Revueltas, J. (1978) *México 68: juventud y revolución*. México: Era.

a aplicarse la noción de grupúsculo, este tipo de articulación juvenil ya había recibido la atención del séptimo arte, con la joya de Jean-Luc Godard *La Chinoise*, y luego la de varios analistas.²³

Sin embargo, resulta significativo recordar que las nociones sobre cultura juvenil surgieron en Gran Bretaña justamente para explicar por qué allí no se produjo una revuelta estudiantil, como ocurrió en tantas ciudades durante los sesenta. Desde este ángulo, la conexión entre movimiento estudiantil y culturas juveniles no resulta transparente.

En tal sentido, otra línea que puede ser prometedora para comprender el posible vínculo entre culturas juveniles y movimiento estudiantil es la sociología de los movimientos sociales, una perspectiva analítica fundada, justamente, para analizar los ciclos de protesta de fines de los sesenta. Desde este enfoque podemos comprender los ámbitos de sociabilidad juvenil, comedores, albergues estudiantiles, etc. que fueron escenario de reuniones, conversaciones, debates y toda una gama de actividades que se inscriben en el proceso de construcción de los movimientos sociales, ámbitos donde cotidianamente se negocian y renegocian los objetivos, medios e identidad del movimiento.²⁴

Asimismo, desde la perspectiva de la movilización de recursos, algo del *maelstrom* cultural de los sesenta puede entenderse como organizaciones de apoyo o redes de sociabilidad donde se comparten significados e ideas.²⁵

Sin embargo, no contamos con trabajos suficientemente taxativos que muestren la conexión entre los significados constituidos en las culturas juveniles y las prácticas políticas del movimiento estudiantil. La mayor parte de los intentos buscó relacionar un “clima de época” laxamente definido, con “ideas circulantes” como la “liberación o dependencia”, la “revolución”, etc. con algunas afirmaciones de grupos estudiantiles, pero el escrutinio sistemático de las acciones no arroja las mismas correlaciones. En Argentina, por ejemplo, los estudios del primer estilo abonaron desde hace más de veinte años la idea de una crisis del reformismo y un ascenso del peronismo en el seno

²³ Probablemente Daniel Bensid y Henri Weber se encuentren entre los primeros en llamar “grupúsculo” a las pequeñas fracciones de izquierda radicalizada en Francia. Bensid, D. y Weber, H. [1968] (1969) *Mayo 68: un ensayo general*. México: ERA.

No hacemos aquí un análisis exhaustivo de todo lo escrito sobre el Mayo Francés, que como bien dijese Eric Hobsbawm: “Probablemente no haya habido jamás ningún movimiento revolucionario protagonizado por un porcentaje mayor de personas que leen o escriben libros, por consiguiente, no es nada sorprendente que la industria editorial francesa se abalanzara para satisfacer una demanda aparentemente ilimitada. A fines de 1968 habían aparecido por lo menos cincuenta y ocho libros sobre los hechos de mayo, y la tendencia continúa. Todos son trabajos apresurados, algunos no son más que breves artículos, rellenos de reimpresiones de viejos escritos, entrevistas de prensa, alocuciones o discursos, etc.” Hobsbawm, E. [1968] (2010) “Mayo de 1968”, en *Revolucionarios*. Barcelona: Crítica. Pp. 331 – 345. P. 331/2.

²⁴ Melucci, Alberto (1994) “Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales”. *Zona Abierta* Nro. 69. Pp. 153 - 180. P. 158.

²⁵ Kriesi, H. (1999) “La estructura organizacional de los nuevos movimientos sociales en su contexto político”, en McAdam, D., McCarthy, J. y Zald, M. *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: ITSMO. Pp. 221 – 267.

del movimiento estudiantil que se radicalizaba.²⁶ Frente a ello, nuevos estudios con rigurosas reconstrucciones de los acontecimientos revalorizaron el rol de la militancia estudiantil reformista y encontraron que la influencia del peronismo resultaba ser acotada, tanto por su presencia orgánica en los conflictos y por no aportar rasgos ideológicos particulares para un proceso de radicalización que, de hecho, es anterior a la Revolución Cubana y los sesentas.²⁷

LAS TESIS ECONÓMICAS

Otra de las explicaciones que emergió por aquellos años buscaba las raíces económicas de la revuelta estudiantil. Se trataba de un intento por encontrar una “explicación marxista”, entendiendo con ello una determinación económica en última instancia. Correspondió a Juan Carlos Portantiero formular las tesis más firmes al respecto:

“La contradicción de fondo operante en la universidad latinoamericana, que contribuye a modificar la figura social del estudiante y su comportamiento político potencial, al menos en los países de mayor desarrollo relativo del continente, es la que deriva de los desajustes entre la creciente masificación de la enseñanza superior (un fenómeno que coexiste con el genocidio cultural que se practica en la escuela primaria) y las dificultades que enfrenta el sistema para dar a los estudiantes, una vez egresados, una vía de ascenso social.

Esta contradicción es estructural; cuestiona desde sus raíces la imagen pequeñoburguesa de la universidad como canal de promoción y con ello socava las bases de la percepción del estudiante como sujeto privilegiado en relación con el resto de la juventud.

El descontento estudiantil (...) no es producto de una moda generacional (aunque a menudo adopte formas de rebeldía caotizante) sino un resultado de la contradicción entre oferta y demanda universitaria; entre las oportunidades de educación superior y los requerimientos de un sistema económico que ofrece escasas perspectivas al trabajo calificado.

Esta crisis toca los fundamentos del sistema, porque no tiene solución dentro de sus límites...”²⁸

Como se observa, el problema central radica en la estructura económica, que no demanda suficientes puestos de fuerza de trabajo calificada. Curiosamente, esta parece ser la situación actual en los EEUU ¿se puede esperar una revuelta universitaria en Norteamérica durante los próximos años?²⁹ A pesar de semejantes afirmaciones, Portantiero no brinda datos empíricos sobre el fenómeno, ni refiere a estudios que demuestren su punto de vista. También, es de resaltar que escribió aquellos párrafos entre 1977 y 1978, entre cuatro y cinco años después de la crisis del

²⁶ Barletta, A. (2001) “Una izquierda universitaria peronista. Entre la demanda académica y la demanda política (1969-1973)”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual* n° 6. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes. Pp. 275-286. Sigal, S. (1993) *Intelectuales y poder en Argentina. Los sesenta*. Buenos Aires: PuntoSur.

²⁷ En este conjunto se debe incluir Califa, J. (2014) *Reforma y Revolución. La radicalización política del movimiento estudiantil de la UBA 1943 – 1966*. Buenos Aires: Eudeba; Manzano, V. (2009) “Las batallas de los ‘laicos’: movilización estudiantil en Buenos Aires, septiembre - octubre de 1958”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 31. Buenos Aires: UBA. Pp. 123-150; Bonavena, P. (2006) “El movimiento estudiantil de la ciudad de La Plata. 1966-1973”, en *Cuestiones de Sociología. Revista de Estudios Sociales* n° 3. Buenos Aires: Prometeo. Pp. 169-191; y Millán, M. (2013) *Entre la Universidad y la política. Los movimientos estudiantiles de Corrientes y Resistencia, Rosario, Córdoba y Tucumán durante la “Revolución Argentina” (1966 – 1973) op. cit.*

²⁸ Portantiero, J.C. (1978) *Estudiantes y Política en América Latina 1918-1938. El proceso de la Reforma Universitaria*. México: Siglo Veintiuno. P. 14/5.

²⁹ Kolata, G. (2016) “So Many Research Scientists, So Few Openings as Professors”, in *New York Times*, 14/7. Disponible en http://www.nytimes.com/2016/07/14/upshot/so-many-research-scientists-so-few-openings-as-professors.html?_r=0 [visitado agosto de 2016]

petróleo de 1973 y su impacto en la economía global. Los movimientos estudiantiles, cuya raíz imputaba a las variables macroeconómicas ¿reconocieron cambios antes y después de la crisis económica mundial? ¿hubo más revueltas estudiantiles en la segunda mitad de los '70 que en los '60?

Por fuera la tradición marxista, Bourdieu apuntaba hacia el mismo tipo de razones para explicar el auge del movimiento estudiantil. Haciendo cierto sociologismo, afirmaba que la devaluación de los títulos escolares impedía el acceso a posiciones sociales de privilegio para quienes portaban un diploma académico:

“No se puede explicar la crisis, o al menos las condiciones estructurales de su aparición, y de su generalización, sin recordar los efectos principales del crecimiento de la población escolarizada, es decir, la devaluación de los títulos académicos que determinó una descalificación generalizada, particularmente intolerable para los más favorecidos y, de modo secundario, las transformaciones del funcionamiento del sistema de enseñanza que resultan de las transformaciones morfológicas y sociales de su público. El crecimiento de la población escolarizada y la devaluación correlativa de los títulos académicos (o de las posiciones académicas a las que esos títulos dan acceso, como el estatuto del estudiante) afectaron al conjunto de una clase de edad, constituida de ese modo como generación social relativamente unificada por esa experiencia común, y determinaron un *desfase estructural* entre las aspiraciones estatutarias –inscritas en posiciones y títulos que, en el anterior estado del sistema, ofrecían realmente las oportunidades correspondientes– y las posibilidades realmente aseguradas, en el momento que se está considerando, por esos títulos y esas posiciones.”³⁰

Como podemos observar, existe una idea, tanto en Portantiero como en Bourdieu, de que los estudiantes *saben* el cuello de botella estructural donde se encuentran y reaccionan no ya como jóvenes graduados, sino mucho antes de concluir sus estudios. En ambos autores, aunque inconsciente, subyace la noción de frustración respecto de las aspiraciones: los actores sociales tienen nuevas expectativas que el sistema social no puede satisfacer.³¹ Para la sociología política se trata de uno de los lugares más transitados, como destacan Dowse y Hughes:

“... está unido a las llamadas revoluciones de expectativas crecientes que tienen lugar en el mundo en desarrollo. Lo que sucede es que el nivel de la educación y el aprendizaje de nuevas técnicas, junto con la entrada en contacto con las pautas de consumo de Occidente, pueden crear aspiraciones de mayores medios educativos, de mejora del empleo y de niveles superiores que los sistemas económico y político no pueden satisfacer.”³²

El primer cuestionamiento, y más sencillo, tiene que ver con la situación económica global. Como bien destacó Isabelle Sommier, el problema de las plazas laborales no era observable en la sociedad de pleno empleo de fines de los sesenta, y sí lo era varios años después, aunque para ese momento no se registraban grandes movimientos estudiantiles, con excepción del caso italiano que llegó hasta fines de los '70.³³

³⁰ Bourdieu, P. [1984] (2008) *Homo academicus*. Buenos Aires: Siglo XX. P. 211/2.

³¹ Para el concepto de privación respecto de las aspiraciones véase: Gurr, T. (1970) *Why the man rebel?*. Princeton. Pp. 50/1.

³² Dowse, R. y Hughes, J. (1975) *Sociología política*. Madrid: Alianza. P. 509/10.

³³ Para el caso italiano ver: Ballestrini, N. y Moroni, P. (2006) *La horda de oro 1968-1977. La gran ola revolucionaria y creativa, política y existencial*. Madrid: Traficantes de sueños.

“El paradigma explicativo dominante de la crisis universitaria, desde Boudon hasta Bourdieu, pone el acento en el temor al desclasamiento, por la masificación del número de estudiantes y la inflación de los diplomas. Sin embargo, el pleno empleo aún no vuelve verdaderamente perceptible la devaluación de los títulos escolares (...) Este paradigma, que habría sido operativo más adelante, si hubiera habido una protesta estudiantil de esta amplitud en los años 1980, deja de lado otros elementos explicativos más pertinentes, que dan cuenta de la dimensión generacional del conflicto.”³⁴

Por otra parte, el cuestionamiento más fuerte de estas tesis radica en su desinterés por lo estudiantil, por la socialización política y las experiencias que lleva a cabo un grupo social concreto, en instituciones específicas.³⁵ Aceptando la existencia de un cuello de botella ¿cómo se traslada una crisis estructural a la acción colectiva? Se requiere estudiar en detalle la experiencia política, los reclamos, los conflictos concretos, la articulación de las agrupaciones, las ideologías, las alianzas, etc. Los estudios de casos en América Latina muestran que los movimientos estudiantiles tomaron impulso a partir de cuestiones ligadas a la estructura universitaria y al pasaje de los estudiantes por las mismas:

- En Argentina: Laica versus Libre durante 1958; el presupuesto en 1964, la intervención en 1966, los comedores estudiantiles en 1969-72; el ingreso irrestricto en 1970 – 1972; la transformación de la Universidad en una herramienta de la liberación nacional en 1973 y la lucha antirrepresiva desde 1971 en adelante.
- En Chile la reforma universitaria desde mediados de los sesenta hasta el golpe de Estado de Pinochet demostraron el compromiso de los estudiantes con su permanencia en las universidades y la transformación de las mismas.³⁶
- En Uruguay el ciclo de la reforma universitaria comenzó en 1958 con la Ley Orgánica de la Universidad de la República y concitó una significativa parte de la militancia estudiantil. Desde 1968 la lucha antirrepresiva y la defensa de la Universidad de las sucesivas invasiones militares también demuestra que los estudiantes intentaban proteger la institución y no destruirla.³⁷
- En Colombia el movimiento por la reforma de 1971 tampoco revela caracteres contrarios a la institución.
- En Brasil el movimiento estudiantil nucleado en la Unión Nacional de Estudiantes (UNE) pugnaba por una reforma universitaria,³⁸ durante 1964 el movimiento estudiantil se organizó

³⁴ Sommier, I. (2008) *La violencia revolucionaria*. Buenos Aires: Nueva Visión. Págs. 40/1.

³⁵ Para esta crítica véase: Stedman Jones, G. (1970) “El sentido de la rebelión estudiantil”, en Cockburn, A. y Blackburn, R. (comps.) *Poder Estudiantil. Problemas, diagnóstico y acción*. Caracas: Tiempo Nuevo. Pp. 29-66.

³⁶ Cifuentes Seves, L. (ed.) *La reforma universitaria en Chile (1967 – 1973)*. Santiago: Universidad de Santiago, 1997.

³⁷ Ver: París, B. (2010) *La Universidad de la República. Desde la crisis a la intervención 1958 – 1973*. Montevideo: UDELAR.

³⁸ En parte comenzada con la creación de la Universidad de Brasilia en 1962, donde tuvo una participación fundamental Darcy Ribeiro, uno de los cuadros universitarios más importantes de la izquierda latinoamericana de los '60, con posterior paso por Uruguay. Una sistematización de sus ideas puede verse en: Ribeiro, D. (1971) *La Universidad Latinoamericana*. Santiago de Chile: Ed. Universitaria.

alrededor de la defensa de la universidad contra la intervención del gobierno militar y desde 1967 en defensa del comedor universitario, lo que desató la represión. La respuesta del movimiento estudiantil articuló los hechos de masas de 1968 en varias ciudades, con epicentro en Río de Janeiro y la passeata dos cem mil del 26 de junio.

- En México, el movimiento de 1968 fue la respuesta al accionar represivo del gobierno y del PRI que suprimieron la sentida autonomía universitaria con la ocupación militar de la UNAM.
- En Perú pueden encontrarse los casos más ambivalentes. En gran medida porque Sendero Luminoso, a diferencia de otros grupos estudiantiles conocidos, sí atacó las estructuras universitarias, haciendo destrozos de instalaciones, expulsando masivamente profesores, intimidando autoridades, etc. Pero también se introdujo en las instituciones, dirigió casas de estudios y/o partes de ellas dedicadas al bienestar estudiantil y a los concursos docentes y trabajó fuertemente en el ámbito de la formación con la introducción de los manuales de marxismo leninismo.³⁹

Si los títulos se encuentran devaluados ¿por qué luchar dentro de la universidad? ¿Por qué reformar las universidades? ¿Por qué pugnar por ingresar? En tal sentido, tal vez las observaciones de Edgar Morin presentan una visión más realista, al comprender que el movimiento estudiantil estaba integrado por fracciones que se aliaban y tenían diferentes relaciones con la institución universitaria:

“Los revolucionarios identifican el saber que se les provee con la profesión en la que desemboca, es decir, el oficio del experto-burócrata al servicio de los poderes, y quieren escapar a la máquina que hará de ellos pequeños técnicos del “factor humano”, pedantes de cuestionarios. Los otros descubren rápidamente que en sociología no hay más salidas que las que el azar, la suerte y el patrocinio de una autoridad pueden procurar. Su inquietud por verse comprometidos en un callejón sin salida se transforma en el fermento de una crítica.

El rechazo de una carrera de unos, la preocupación por una carrera de otros, lejos de anularse entre sí, van a constituir los dos polos de una electrólisis.”⁴⁰

Por otra parte, considerar a los estudiantes como fuerza de trabajo calificada en formación ha tenido una enorme influencia y proviene, en gran medida, de la tradición del Partido Comunista Francés. Gareth Stedman Jones, señalaba al respecto que se dejaba de lado la realidad específica de la vida

³⁹ En el Informe de la CVR pueden encontrarse los estudios de los casos de la Universidad Mayor de San Marcos, la Universidad de San Cristóbal de Huamanga, la Universidad del Centro y la Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle “La Cantuta”. Comisión Nacional por la Verdad y la Reconciliación (2003) *Informe final*. Tomo 5. Lima. Puntos 2.18 a 2.21. Sobre la influencia de los manuales léase: Degregori, C. (1990) “La revolución de los manuales: la expansión del marxismo leninismo en las ciencias sociales y la génesis de Sendero Luminoso”, en *Revista Peruana de Ciencias Sociales*, Vol 2 Nro. 3. Lima.

⁴⁰ Morin, E. [1968] (2009) “La comuna estudiantil”, en Morin, E., Lefort, C. y Castoriadis, C. *Mayo del 68: la brecha*. Buenos Aires: Nueva Visión. Pp. 9 – 25. P. 10.

estudiantil y sus determinaciones como *categoría social*, como “...conjuntos de agentes cuyo papel social principal consiste en el funcionamiento de los aparatos de Estado y de la ideología.”⁴¹

Por estos motivos, las ideas de Portantiero y de Bourdieu, entre otros, no permiten capturar en su complejidad las diferentes formas que asumieron los movimientos estudiantiles en los distintos países. Para ello habrá que observar otras tesis.

LAS TESIS DEMOGRÁFICAS

El crecimiento de la población universitaria en Occidente fue uno de los fenómenos demográficos más significativos de la posguerra, sobre todo para los países ya industrializados. Como bien destacó Eric Hobsbawm:

“Entre 1960 y 1980, ciñéndonos a la cultivada Europa, lo típico fue que el número de estudiantes se triplicase o cuadruplicase, menos en los casos que se multiplicó por cuatro o cinco, como en la Alemania Federal, Irlanda y Grecia; entre cinco y siete, como en Finlandia, Suecia, Islandia e Italia; y de siete a nueve veces, como en España y Noruega (Burloiu, 1983, pp. 62-63).”⁴²

La ampliación de las matrículas universitarias fue una política consciente durante los años '50 y parte de los '60, en el eje programático que parecía unir desarrollo y educación superior en el contexto de la guerra fría. Como decía Stedman Jones “... las sociedades industriales adelantadas tienen necesidad imperativa de grandes cantidades de cuadros profesionales y técnicos muy preparados” para potenciar tres funciones: la producción (administradores, ingenieros, arquitectos); el consumo (managers, publicistas) y el consenso (organizadores de relaciones públicas y especialistas en comunicación, etc.).⁴³

Pronto, en varias ciudades del mundo, los estudiantes fueron cobrando un creciente peso demográfico y los campus constituyeron un nuevo espacio urbano de gran importancia en la dinámica de la contienda política en ciudades tan diversas como Brasilia, San Pablo, Bogotá o Ayacucho. Este concepto, que afirma una relación estrecha entre mayor concentración y organización, fue tomado por las ciencias sociales directamente del Manifiesto Comunista, y para nuestro caso permite comprender la conformación de espacios de sociabilidad estudiantil que resultaron fundamentales para la constitución de los movimientos, a la vez que observar su impacto en la estructura social más general.

En América Latina, el crecimiento de la tasa de escolarización universitaria fue significativo:

⁴¹ Poulantzas, N. (1973) “Las clases sociales”, en AAVV *Las clases sociales en América Latina*. México: Siglo XXI. Pp. 96 – 126. P. 112/3.

⁴² Hobsbawm, E. [1995] (2002) *Historia del Siglo XX*. *op. cit.* Págs. 298/9.

⁴³ Stedman Jones, G. (1970) “El sentido de la rebelión estudiantil” *op. cit.* P. 36/7.

Cuadro 1.
Evolución de las tasas brutas de escolarización universitaria
en América Latina, 1950 – 1980

País	Etapa			
	1950	1960	1970	1980
Argentina	5,2	11,3	14,2	21,2
Bolivia	2	3,9	10	12,8
Brasil	1	1,6	5,3	16,8
Colombia	1	1,8	4,7	10,6
Costa Rica	2	4,8	10,6	20
Cuba	4,2	3,2	3,7	27,6
Chile	1,7	4,1	9,4	11,4
Ecuador	1,5	2,5	7,9	26,7
El Salvador	0,6	1,1	3,3	11,6
Guatemala	0,8	1,6	3,4	3,7
Haití	0,3	0,5	0,7	0,7
Honduras	0,6	1	2,3	8,3
México	1,5	2,6	6,1	11,8
Nicaragua	0,6	1,2	5,7	13,8
Panamá	2,2	4,6	7,2	23,4
Paraguay	1,4	2,4	4,3	10,1
Perú	2,4	3,7	11,1	17,9
Rep. Dominicana	1,1	1,3	6,5	15
Uruguay	6	7,8	10	15,5
Venezuela	1,7	4,3	11,6	23,4
Media de la región	1,89	3,265	6,9	15,115

Elaboración propia en base a datos de CEPAL (1992) “El desarrollo de la educación superior”, p. 56. Disponible en: <http://www.cepal.org/publicaciones/xml/3/25613/18Desarrollo%20y%20educacionT2cap8.pdf>

Como podemos notar, la media de la región para la tasa de escolarización universitaria reconoce un incremento superlativo durante estas tres décadas. Al mismo tiempo, en ciertas localidades como Ayacucho, estas tendencias llegaron a situaciones extremas:

“De constituir el 1,60% de la población (...) en 1961, los universitarios pasaron a ser el 9,8% en 1972. (...) Si tomamos en cuenta solo la población mayor de 15 años, los universitarios constituían el 3,1% en 1961, el 18% en 1972. (...) Si adicionamos a los profesores y empleados de la universidad, el porcentaje crece un par de puntos más. Si consideramos, además, a los estudiantes secundarios, las cifras se vuelven desmesuradas. Norman Gall (...) estimaba que los estudiantes secundarios y universitarios representaban la cuarta parte de la población total...”⁴⁴

Sin embargo, a medida que crecía la cantidad de estudiantes, sus magnitudes no necesariamente se ajustaban a los propósitos iniciales y, cuando comenzaron los conflictos, se discutieron reformas universitarias desde las altas esferas de gobiernos conservadores o militares. En muchos casos, estas iniciativas se encontraban en diálogo más o menos estrecho con el llamado “Informe Atcon”, un

⁴⁴ De Gregori, C. [1990] (2010) *El surgimiento de Sendero Luminoso. Ayacucho 1969 – 1979*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. P. 50/1.

documento de UNESCO acerca de las universidades latinoamericanas, redactado por el consultor Rudolf Atcon.⁴⁵

En el caso de Argentina, por ejemplo, después del Mayo Francés comenzó un debate interno en la dictadura acerca de la estructura universitaria, señalándose varios problemas e iniciativas: masificación, intentos de “racionalización”, “regionalización” de las casas de estudios, etc.⁴⁶ A partir de 1976 el nuevo gobierno de facto se propuso “redimensionar”, es decir achicar, el sistema universitario.⁴⁷ En Brasil, parte de la reclamada reforma universitaria la llevó a cabo la dictadura militar después de las revueltas de 1968, en una notoria tensión, y a veces complementariedad, entre modernización y represión.⁴⁸ En Uruguay, la llamada “Ley Sanguinetti” de 1972, buscó una reorientación del sistema educativo, dando prioridad a criterios de seguridad nacional. En el ámbito universitario, estableció elecciones obligatorias, bajo el supuesto de una mayoría silenciosa, contraria a la autonomía y las posiciones de la izquierda. Sin embargo:

“...las listas que apoyaban la autonomía y convalidaban a las autoridades alcanzaron un altísimo porcentaje de sufragios. (...) Estas elecciones fueron también causa determinante de la intervención porque demostraron con la precisión de las cifras la unidad de los universitarios en la defensa de los principios democráticos y de la Ley Orgánica. El rector evaluó que habían sido «un pronunciamiento de trascendencia social... contra el fascismo»...”⁴⁹

En el Chile de Pinochet, la clausura de la reforma universitaria se vio acompañada por una significativa purga de los planteles:

“Estimaciones globales señalan que en los primeros meses del régimen militar y durante 1974, se marginó a 25% del personal docente, a un 10% de personal no académico, y entre un 15% y un 18% de los estudiantes, lo que implicaría a nivel del conjunto del sistema universitario de entonces, alrededor de 20 mil estudiantes.”⁵⁰

Como podemos notar, la idea de que el aumento del peso demográfico de los estudiantes redundó en un creciente peso político, no es patrimonio exclusivo de los analistas y científicos sociales. Sin embargo, puede ser cuestionada por varios motivos.

Desde un punto de vista cuantitativo, el cuadro nº1 arroja una primera conclusión: no hay una relación unívoca entre crecimiento de la tasa de escolarización universitaria y desarrollo de movimientos estudiantiles de gran influencia. México es el mejor ejemplo de este aserto, pues en aquel país el incremento de la tasa es menor al de la media regional y, sin embargo, la influencia social y política del movimiento del ‘68 fue determinante. Podemos decir palabras similares para el

⁴⁵ Atcon, R. (1961) “Las universidades latinoamericanas” en *ECO, Revista de la cultura de occidente*, mayo-julio, tomo VII. Bogotá: Buchholz. Pp. 1-169.

⁴⁶ Ver Mendonça, M. (2016) **TESIS DE DOCTORADO.**

⁴⁷ Seia, G. (2016) *La Universidad de Buenos Aires (UBA) entre la “Misión Ivanissevich” y la última dictadura (1974-1983). Represión, “reordenamiento” y reconfiguraciones de la vida estudiantil.* Tesis de Maestría en Historia Contemporánea. Buenos Aires: UNGS. Cap. V: “Contra el “sobre-dimensionamiento”, pp. 92 – 108.

⁴⁸ Pato Motta, R (2014) *As universidades e o regimen miliar: cultura política brasileira e modernização autoritária.* Rio de Janeiro: Zahar.

⁴⁹ París, B. (2010) *La Universidad de la República. Desde la crisis a la intervención 1958 – 1973.* op. cit. P. 173.

⁵⁰ García Monje, D., Isla Madariaga, J. y Toro Blanco, P. (2006) *Los muchachos de antes. Historias de la FECH 1973 – 1988.* Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado. P. 23.

Brasil. Inversamente, Costa Rica, Cuba o Ecuador pueden representar casos de un gran contingente estudiantil sin que registremos movimientos sectoriales de gran significado político.

El *Informe final* de la CVR del Perú agrega otro elemento cuantitativo de interés: la relación entre crecimiento de la población estudiantil y decrecimiento presupuestario:

“El gasto social en las universidades también disminuyó; hubo un decrecimiento proporcionalmente al aumento de la matrícula universitaria. Se estima que en 1960 el sistema universitario recibía en promedio el 6% del Presupuesto General de la República. Para 1970, este porcentaje bajó al 3,4% y, en 1980, apenas llegó al 1,9%. (...) La inversión por alumno de universidades públicas —según datos deducidos de la ANR (2001)— pasó de aproximadamente 400 dólares en 1960 a menos de 100 dólares en el 2000.”⁵¹

Al momento de cerrar este escrito no contamos con datos sobre la evolución presupuestaria de todos los países latinoamericanos, como para correlacionarlas estadísticamente con las tasas de escolarización universitaria. Entendemos que la construcción de una tipología de movimientos estudiantiles y su cruce con la mencionada correlación podría revelar la incidencia de estas variables de una manera más nítida.

Sin embargo, con estos elementos tampoco contaríamos con información suficiente para imputar causalidad a las características ideológicas y organizativas de los movimientos estudiantiles. Para ello deberemos remitirnos a otras tesis.

LAS TESIS CULTURALES

Como destacamos en un anterior apartado dedicado a la ruptura generacional, existen numerosos escritos que intentaron comprender el fenómeno de las revueltas juveniles de los sesenta en íntima relación con transformaciones culturales, ya sean los cambios en los consumos culturales o la influencia de ciertas corrientes intelectuales.

En las lecturas globales sobre los sesenta, como las de Eric Hobsbawm o Tony Judt, podemos encontrar explicaciones que recorren este vector.⁵² En ambos casos, se relaciona estrechamente cultura juvenil y consumo de masas, prestando especial atención a los mercados de la música y la indumentaria. En algunos casos fue señalado el giro populista de estas nuevas pautas:

“El giro populista de los gustos de la juventud de clase media y alta en Occidente, que tuvo incluso algunos paralelismos en el tercer mundo, con la conversión de los intelectuales brasileños en adalides de la samba, puede tener algo que ver con el fervor revolucionario que en política e ideología mostraron los estudiantes de clase media unos años más tarde. (...) puede decirse que el estilo populista era una forma de rechazar los valores de la generación de los padres o, más bien, un lenguaje con el que los jóvenes tanteaban nuevas formas de relacionarse con el mundo para el que las normas y los valores de sus mayores parecía que no eran válidos.”⁵³

⁵¹ Comisión Nacional por la Verdad y la Reconciliación (2003). *Informe final*. Tomo III, p. 608. Disponible en: <http://cverdad.org.pe/ifinal/> [visitado en junio de 2016]

⁵² Judt, Tony (2006) *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid: Taurus. Capítulo XII, pp. 512 – 552.

⁵³ Hobsbawm, E. (2002) *Historia del siglo XX. op. cit.* P. 333.

Como puede asumirse, hay una sintonía, y también tensión, entre consumo, ideología y política.

Respecto de las prácticas sexuales, existen varios contrapuntos. Tony Judt relativiza ciertas ideas:

“En realidad la «revolución sexual» de la década de 1960 no constituyó más que un espejismo para la inmensa mayoría de la gente, tanto joven como mayor. Por lo que nos consta, los intereses y las prácticas sexuales de la mayoría de los jóvenes europeos no cambiaron tan rápida ni tan radicalmente como sus contemporáneos se complacen en afirmar. Según muestran las encuestas de la época, ni siquiera la vida sexual de los estudiantes era muy diferente de la de generaciones anteriores. El estilo sexualmente liberado de los años sesenta se solía comparar con el de los años cincuenta, descrito (de forma un tanto inexacta) como un periodo de rectitud moral y rígidas limitaciones emocionales. Pero si se compara con el de la década de 1920, o con el fin de siglo europeo, o con los bajos fondos de París, los «acelerados años sesenta» fueron en realidad bastante insulsos.”⁵⁴

Por otra parte, existen incontables escritos que comentan la influencia del marxismo y de las disputas ideológicas del mundo comunista en la intelectualidad occidental, sobre todo después de la Primavera de Praga y la ruptura chino-soviética. Algunos, además, señalaron la influencia de la filosofía estructuralista, como una matriz mental que buscó explicaciones globales y, en cierta medida, mecánicas.⁵⁵ Otros, como Perry Anderson, subrayaron la importancia de ciertas corrientes intelectuales para la constitución del movimiento estudiantil. Según este autor, una de las causas para la ausencia de un movimiento estudiantil de porte en Gran Bretaña radicaba en la tradición empirista de la cultura imperial, que impedía una visión de conjunto de los fenómenos. Una expresión de esta *cultura represiva* era la ausencia de la sociología en el archipiélago.⁵⁶

En América Latina hubo numerosos intentos por relacionar lo que ocurría en las universidades con el acontecer intelectual. En México, la tendencia inicial fue pensar la influencia de los hechos del '68 sobre los intelectuales.⁵⁷ Para el caso Argentino la orientación fue inversa desde que Silvia Sigal y Beatriz Sarlo, entre otras, inauguraron un campo de estudios.⁵⁸ En general, las virtudes de sus investigaciones sobre historia intelectual disimularon su carencia de datos fiables respecto del movimiento estudiantil, al cual asignaron trayectorias a partir de recuerdos personales y/o documentos aislados. Es cierto que para los años '90 el movimiento estudiantil mexicano se conocía mucho mejor que el argentino, pues en el primer caso existían importantes obras que hicieron observaciones sistemáticas, con cronologías y recopilaciones documentales de enorme rigor.⁵⁹ Volviendo al país del sur, en la continuidad de los estudios de historia intelectual encontramos la

⁵⁴ Judt, Tony (2006) *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945*. op. cit. P. 530.

⁵⁵ Nos referimos a Tony Judt.

⁵⁶ Anderson, P. (1969) “Componentes de la cultura nacional” en Cockburn, A. y Blackburn, R. (comps.) *Poder Estudiantil. Problemas, diagnóstico y acción*. Caracas: Tiempo Nuevo. Pp. 261-247.

⁵⁷ Volpi, J. (1998) *La imaginación al poder. Una historia intelectual de 1968*. México: Era.

⁵⁸ Sarlo, B. (2003) *La batalla de las ideas*. Buenos Aires: Emecé.

⁵⁹ Destacamos el trabajo de Sergio Zermeño, ya referido, así como los dos tomos de Ramírez, R. [1969] (2008) *El movimiento estudiantil de México (julio – diciembre de 1968)*. México: ERA.

obra de Claudio Suasnábar, mucho mejor fundamentada que las anteriores, donde se resaltó la politización del mundo académico y su influencia sobre el acontecer político universitario.⁶⁰

Sin embargo, las investigaciones ya referidas de Bonavena, Califa y Millán muestran una imagen más compleja del movimiento estudiantil argentino, donde no todas las acciones concretas tuvieron relación alguna con las lecturas intelectuales, sino que en muchos casos constataron la importancia de los conflictos propios de la Universidad: titulaciones, presupuesto, ingreso irrestricto, comedores estudiantiles, planes de estudio, cátedras filtro, cuestiones represivas, etc. La dinámica entre lo académico – corporativo y lo político resulta ser fundamental y no existe un abandono de las cuestiones propiamente universitarias.

Algo similar puede decirse del movimiento estudiantil mexicano y brasileño, que experimentaron significativas retracciones después de la respuesta represiva y de importantes reformas de las universidades a principios de los '70, a pesar de que las modas intelectuales y de consumo no se habían transformado en la misma medida.

En un examen atento de ciertas tesis culturalistas acerca del surgimiento y desarrollo del movimiento estudiantil de los '60 y '70, observamos la falta de atención prestada a la polaridad presentada por Alain Touraine entre los movimientos de carácter más bien culturales y aquellos decididamente politizados.⁶¹ Estas disonancias en los exámenes globales dificultan enormemente el diálogo entre analistas. Veamos un ejemplo.

Tony Judt tiene la virtud de reconocer las diferencias cualitativas de los distintos movimientos estudiantiles de Francia, Italia y Alemania. Para el primero reconoce un movimiento más cultural que político, mientras Touraine señala justamente lo inverso, a causa de la existencia de un poder político concentrado y un sistema institucional rígido.⁶² Judt observa en la península italiana un movimiento obrerista, de importantes nexos con el proletariado y establece en tal sentido una diferencia radical con lo ocurrido en Alemania Federal, donde germinó un movimiento más violento y desligado de la clase obrera y otros sectores sociales. Contrastado con los hallazgos de Isabelle Sommier, esta polaridad entre inserción social y violencia llama poderosamente la atención, pues en Italia durante: "... el período 1969 – 1980, 597 organizaciones reivindicaron atentados (484 de izquierda y 113 de derecha)."⁶³

En este sentido, las tesis culturales contienen serios problemas para relacionar las ideas circulantes y los modos concretos que adoptó la acción estudiantil. Sin dudas que en Buenos Aires, Córdoba, Río de Janeiro o Ciudad de México circularon mayor cantidad y variedad de textos marxistas,

⁶⁰ Suasnábar, C. (2005) *Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955 – 1976)*. Buenos Aires: FLACSO – Manantial.

⁶¹ Touraine, Alain: "El movimiento estudiantil: crisis y conflicto", en *La Sociedad postindustrial*, Ariel, Barcelona, 1969, pp. 90-142.

⁶² Touraine, Alain: "El movimiento estudiantil: crisis y conflicto" *op. cit.* P. 128.

⁶³ Sommier, I. (2008) *La violencia revolucionaria. op. cit.* P. 67.

discusiones con el estructuralismo, con la teoría de la violencia de Fanon, etc. que en Ayacucho y muy probablemente menos que en La Habana. Sin embargo, en aquella ciudad del Perú surgió el movimiento estudiantil más violento del continente y en la capital de Cuba no hallamos un movimiento estudiantil peculiarmente radicalizado que marcara la agenda educativa de la revolución. Para comprender este tipo de cuestiones, resulta necesario analizar tesis que hagan mayor hincapié en la importancia de los procesos políticos para comprender el desarrollo del movimiento estudiantil.

LAS TESIS POLÍTICAS

Uno de los análisis del Mayo Francés que resultó ser más influyente para la posteridad es el de Alain Touraine.⁶⁴ Por ejemplo, una de las mejores investigaciones sobre el movimiento estudiantil mexicano del '68 se llevó adelante siguiendo los lineamientos conceptuales del sociólogo francés.⁶⁵ Según este autor, la crisis de mayo revelaba la existencia de una nueva sociedad que estaba naciendo, donde la información era el elemento fundamental para orientar el desarrollo. La revuelta era un grito contra la tecnocracia de la “sociedad programada”, donde los antagonismos sociales de la industrial ya no serían centrales, aunque seguirían existiendo, y la contradicción principal estaría dada ahora entre los planificadores y los productores de información. En este nuevo esquema, la Universidad ocuparía el lugar social de la fábrica y los estudiantes el del proletariado.

Estas tesis recibieron importantes críticas. Desde el marxismo, Gareth Stedman Jones señalaba que la idea era bastante apresurada, pues Touraine no aportaba ningún conjunto de datos que demostraran semejante transformación social:

“En realidad no hay pruebas que apoyen la idea de que el motor de la sociedad burguesa cambió de la “acumulación de capital” al “al conocimiento y el progreso técnico”. Tampoco es cierto afirmar que el punto focal de la decisión pasó de la fábrica a la universidad.”⁶⁶

“Primero, los estudiantes, al revés de los trabajadores, no constituyen una clase. El estado de la clase obrera es permanente –es un estado perpetuo. Por otra parte, una de las características sociales más importantes de los estudiantes es que su estado es siempre pasajero. Además, su destino social está en los grupos profesionales o, si no, en la misma clase tecnográfica administrativa. No es por accidente que los grupos de estudiantes más cercanos a las fuerzas de producción según el juicio de Touraine –de la ciencia aplicada, ingenieros– están habitualmente entre los menos militantes.”⁶⁷

Desde la sociología, Michel Crozier también criticaba el mecanicismo del razonamiento de Touraine, que intentaba calcar los conflictos sociales de la sociedad industrial en una nueva estructura social:

⁶⁴ Tiene dos libros de gran repercusión. Escrito casi a la par de los hechos: Touraine, A. [1968] (1970) *El movimiento de mayo o el comunismo utópico*. Buenos Aires: Signos; y el ya mencionado Touraine, A. [1969] (1971) *La sociedad post-industrial*. Barcelona: Ariel.

⁶⁵ Zermeño, S. (1978) *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. México: Siglo XXI.

⁶⁶ Stedman Jones, G. (1970) “El sentido de la rebelión estudiantil”, en Cockburn, A. y Blackburn, R. (comps.) *Poder Estudiantil. Problemas, diagnóstico y acción*. Caracas: Tiempo Nuevo. Pp. 29-66. P. 32.

⁶⁷ Stedman Jones, G. (1970) “El sentido de la rebelión estudiantil” *op. cit.* P. 33.

“Conscientes de estas dificultades, ciertos defensores más refinados de la revolución de mayo, como Alain Touraine, procuraron salir del atolladero trasponiendo al futuro esta imagen de la revolución heredada del pasado. Admitiendo que los estudiantes no son portadores de una revolución proletaria rechazada por los obreros, los consideran como protagonistas del nuevo drama de la lucha de clases entre proletarios y tecnócratas del saber, la cual constituirá el resorte profundo de la sociedad postindustrial, como la que tuvo lugar entre capitalistas y proletarios lo fue de la sociedad industrial.

¿Qué motivo hay para que las instituciones universitarias dominen la sociedad posindustrial modelándose sobre el esquema de la fábrica capitalista? ¿No es más razonable prever que tendrán influencia real en la sociedad únicamente si elaboran modelos eficaces?

¿Qué motivo hay para que las divisiones del porvenir reproduzcan los mecanismos del pasado? Las fisuras del mundo capitalista no reprodujeron las fisuras sociales y religiosas de la época feudal. Si la clave de la sociedad posindustrial es la posesión del saber, son previsibles mecanismos de alianza y oposición distintos de los que Marx formuló en el esquema de la lucha de clases.”⁶⁸

Otra crítica, ya fue realizada por Mariano Millán, cuando señaló las enormes dificultades de comprender lo que ocurría en América Latina hacia la segunda mitad de los '60 con un instrumental conceptual que supone la mutación del capitalismo en una sociedad de la información.⁶⁹

A pesar de todos estos señalamientos, los escritos de Alain Touraine, redactados prácticamente en simultáneo con los acontecimientos, presentan variables de análisis que remiten a la interactividad entre los colectivos estudiantiles y su entorno político. Estas herramientas permiten observar las diferencias entre las formas concretas que adoptan los movimientos, de acuerdo a los desafíos que enfrentan. Las variables de las que depende la forma que adquiera el movimiento estudiantil son:

- El lugar social de la Universidad: si es *arcaica* o *moderna*. Mientras más modernas y adaptadas se encuentren las casas de estudios, tendrá mayor relevancia social lo que allí ocurra.
- La forma del ejercicio del poder en la sociedad. Si es *liberal*, el movimiento adoptará formas más bien culturales; en cambio si el ejercicio del poder resulta ser *dirigista*, entonces es altamente probable que las protestas asuman rápidamente características políticas.
- La forma de ejercicio de la autoridad universitaria. Si es *flexible*, los movimientos estudiantiles suelen adoptar formas moderadas y pugnar por reformar las instituciones. Cuando el ejercicio de la autoridad universitaria es *rígido*, por el contrario, los reclamos no encontrarán canales de expresión, no se podrán tramitar internamente y los estudiantes se radicalizarán.

A su vez, es importante notar también que no todo movimiento estudiantil es un movimiento social, pues según los criterios de Alain Touraine, los movimientos sociales se caracterizan por una composición tripartita: la *oposición* (contra qué o quién), la *identidad* (quienes somos) y una idea de *totalidad* (que tipo de sociedad proponemos).

⁶⁸ Crozier, M. (1970) *La sociedad bloqueada*. Buenos Aires: Amorrortu. P. 135/6.

⁶⁹ Millán, M. (2011) “Las formulaciones sobre acción colectiva y movimientos sociales como elementos teóricos para la investigación del movimiento estudiantil argentino de los '60 y '70”, en *Revista Conflicto Social* n° 5. Buenos Aires. Pp. 10 – 34.

El esquema propuesto tiene una gran fortaleza, más allá de que su propio creador estima de manera incorrecta la situación francesa, donde considera la existencia de un poder político dirigista y una autoridad universitaria rígida, es decir condiciones para una politización del movimiento social. Lo cierto, es que las investigaciones muestran el gran peso de la interacción entre estudiantes, gobierno y autoridades para comprender la conformación de los movimientos estudiantiles de la época y su radicalización o integración.

Si observamos el caso chileno, podremos notar que el movimiento estudiantil no tuvo la impronta callejera y violenta de Argentina o Perú, para poner dos ejemplos cercanos. Las causas de ello se encuentran en la estructura de partidos de Chile, que tenía suficiente representación como para incluir las demandas sociales en el parlamento y tramitarlas;⁷⁰ así como la flexibilidad de las autoridades, que establecían mecanismos de discusión y cambio social dentro de las instituciones.⁷¹

En la vecina Argentina, la represión frontal y difusa de los primeros años de la dictadura de Onganía⁷² y la rigidez institucional de las autoridades universitarias galvanizaron la oposición estudiantil y obligaron a que las calles se convirtieran en el espacio de la disputa política universitaria y, con ello, reforzaron el papel de los estudiantes en la contienda política general. Con el advenimiento de cambios institucionales, de menor autoritarismo y rigidez, el movimiento estudiantil fue perdiendo parte de su impronta callejera.⁷³

En México y Perú la represión inicial con verdaderos hechos brutales, ya desde fines de julio de 1968 en el primer caso, y en mayo de 1969 en el segundo, mostraron el autoritarismo del régimen en ambos países. En el caso sudamericano, además, se combinó la rigidez del gobierno de Velasco Alvarado sobre las universidades y escuelas secundarias, donde multó a los estudiantes que reprobaran materias, intentando con ello eliminar miles de vacantes. La Universidad, factor clave de modernización en el Perú, resultó ser entonces un espacio central para una radicalización de largo plazo, que se prolongó hasta bien entrados los años '90.⁷⁴ En México, el propio régimen del PRI adoptó serias transformaciones durante el gobierno de Echeverría para incorporar a varias fracciones descontentas a fines de los sesenta, entre ellas el respeto por la autonomía y la financiación de ambiciosos proyectos de modernización.⁷⁵

⁷⁰ Véase: Glyzer, M. (1968) “Las actitudes y actividades políticas de los estudiantes de la Universidad de Chile”, *op. cit.*

⁷¹ Véase: Rivera Tobar, F. (2011) “Laicos, Católicos y Técnicos: Análisis comparativo de las experiencias de reforma universitaria en la universidad de Chile, Católica y Técnica del Estado. Chile 1960-1973” Informe de Investigación, CNED, Santiago de Chile. También Millán, M. (2013) “Estudiantes y política en Argentina y Chile (1966 – 1973)”, *Revista Izquierdas* n° 16, USACH. Pp. 31 – 54.

⁷² Califa, J. y Millán, M. (2016) “El movimiento estudiantil como objetivo de la represión. Un estudio del caso de la UBA entre 1966 y 1976”. *PolHis*, n° 16, Buenos Aires; Califa, J. y Millán, Mariano (2016) “La represión a las universidades y al movimiento estudiantil argentino entre los golpes de Estado de 1966 y 1976”. *Hib, Revista de Historia Iberoamericana* vol. 9. Madrid (en prensa).

⁷³ Millán, M. (2013) *Entre la Universidad y la política... op. cit.*

⁷⁴ Véase Degregori, C. (2010) *El surgimiento de Sendero Luminoso... op. cit.*

⁷⁵ Véase Zermeño, S. (1978) *México. Una democracia utópica... op. cit.*

En Brasil fue una dosis de autoritarismo y reformas, es decir de dirigismo y flexibilidad institucional, lo que permitió a la dictadura militar salir de la crisis universitaria desde 1969 en adelante.⁷⁶ En Colombia las concesiones al movimiento de 1971 permitieron calmar las aguas, establecer mecanismos de co-gobierno y autonomía universitaria que pronto, cuando los vientos políticos cambiaron, fueron anulados con menos conflictividad que en el momento en que se conquistaron frente a una oleada represiva que catalizó la crisis en todas las casas de estudio del país.⁷⁷

La riqueza de las herramientas conceptuales de Alain Touraine, sin embargo, tiene un límite, porque no contempla el terrorismo de Estado. La puesta a prueba de esta frontera para el caso argentino muestra que durante la llamada “Misión Ivanissevich”, desde agosto de 1974, encontramos el dirigismo estatal y la rigidez institucional en su máximo nivel, quizás desde 1955. Sin embargo, el movimiento estudiantil no pudo hacer frente a la ofensiva más que durante las primeras semanas. Como muestran Juan Califa y Mariano Millán, el terror permitió abrir una brecha en las grietas y contradicciones del movimiento estudiantil, y el Estado terminó por desarticular un movimiento de larga trayectoria en pocos meses.⁷⁸

Al mismo tiempo, la propuesta del sociólogo francés tampoco parece contener especial tratamiento a los cambios generacionales y a la circulación internacional de ideas y prácticas políticas. Para ello será necesario adentrarse en las tesis multidimensionales presentadas por Gareth Stedman Jones.

LAS TESIS MULTIDIMENSIONALES

El trabajo de Gareth Stedman Jones tenía por objetivo combatir dos tesis explicativas muy difundidas acerca de las movilizaciones estudiantiles en los '60: las de Alain Touraine y las posiciones del PC y de cierta ortodoxia marxista que consideraba a los estudiantes simplemente como parte de la clase media,⁷⁹ analizando su accionar en función de su procedencia social: “... hoy a los estudiantes, ya sea en Occidente u Oriente, no hay que identificarlos ni con la clase capitalista ni con la obrera. Son un *grupo social distinto*, que ha producido formas de lucha distintas.”⁸⁰ Para concluir que: “Las dos tesis tratadas se apoyan en un determinismo económico unilateral para poder

⁷⁶ Véase Pato Motta, R. (2014) *As universidades e o regimen miliar: cultura política brasileira e modernização autoritária. op. cit.*

⁷⁷ Véase: Acevedo Tarazona, A. y Villabona Ardilla, J. (2015) “El cogobierno en la Universidad de Antioquia, 1970-1973: Una victoria del movimiento estudiantil y profesoral”, *op. cit.*

⁷⁸ Véase Califa, J. y Millán, M. (2016) “El movimiento estudiantil como objetivo de la represión. Un estudio del caso de la UBA entre 1966 y 1976” *op. cit.* y Califa, J. y Millán, Mariano (2016) “La represión a las universidades y al movimiento estudiantil argentino entre los golpes de Estado de 1966 y 1976” *op. cit.*

⁷⁹ Esta lectura sobre el caso argentino puede verse en: Graciarena, J. (1971) “Clases medias y movimiento estudiantil. El Reformismo Argentino: 1918-1966” en *Revista Mexicana de Sociología* vol. 1 n° 33. Pp. 61 – 100.

⁸⁰ Stedman Jones, G. (1970) “El sentido de la rebelión estudiantil” *op. cit.* P. 35.

definir a los estudiantes como grupo, descuidando su posición mucho más compleja en las estructuras sociales industriales y sus sistemas político-culturales.”⁸¹

La explicación que propuso el autor británico requiere considerar una mayor cantidad de variables. Los movimientos estudiantiles de los sesenta constituían un fenómeno sobredeterminado por las mutaciones sociológicas del trabajo intelectual, una inversión política de los valores sociales y una aceleración del intervalo generacional.⁸²

La primera de estas variables, las transformaciones colectivas de la labor intelectual, contienen la contradicción entre su necesidad cada vez mayor, y por tanto su ampliación, a la vez que las exigencias específicas de ese tipo de tarea: innovación, creatividad, imaginación, etc. Toda una serie de características que requieren del sentido crítico de los estudiantes y los universitarios, pero que chocaban frontalmente con la necesidad de disciplina de la burocracia universitaria y del capital. En tal sentido, es notable que también un liberal como Michel Crozier avalaba esta hipótesis en su lectura del Mayo Francés, lo que había estallado era una sociedad bloqueada por una estructura burocrática que impedía la innovación, pero al mismo tiempo tenía una necesidad vital de ella.⁸³

Por otra parte, en relación a la primera generación de la guerra fría, según Stedman Jones hacia fines de los sesenta se había producido una inversión política de los valores, y la violencia se había relocalizado entre los medios disponibles para un movimiento social. Llama la atención una observación tan temprana de la creciente importancia de una forma de acción en el movimiento estudiantil europeo que luego, por los italianos, se llamaría “estrategia de la tensión”:

“... en la era de la “coexistencia pacífica”. El ojo de la tormenta de las cuestiones internacionales se trasladó dramáticamente. El nuevo conflicto era entre el imperialismo euroamericano y los pueblos pobres y de color de Asia, África y América Latina, que luchaban por la liberación nacional contra sus opresores metropolitanos. Norteamérica apareció inequívocamente en el papel de gendarme brutal del mundo. El nuevo conflicto ya no era una competencia de falsos pares, que amenazaba al mundo con una guerra nuclear.”⁸⁴

“Esa izquierda descubrió entonces la verdad de su sociedad. La democracia “pluralista” liberal que había sido tan celebrada por los apologistas patrióticos durante la Guerra Fría se reveló entonces el *juggernaut* militar responsable de muerte y destrucción indecibles en Vietnam. (...) La “tolerancia represiva”, según palabras de Marcuse, era la clave de la estructura política que había ahogado toda inquietud en el capitalismo postrero.

De manera que a la generación de estudiantes de la década de 1960 repentinamente se le hizo evidente que la violencia podía tener un objeto liberador. (...) En casa hubo una ola de huelgas, ocupaciones pacíficas y motines: expresiones de la convicción de que tales formas de protesta obligaban a las autoridades autoritarias del capitalismo adelantado a revelarse como lo que eran, y mostrar así la naturaleza verdadera de la “tolerancia represiva”. ”⁸⁵

⁸¹ Stedman Jones, G. (1970) “El sentido de la rebelión estudiantil” *op. cit.* P. 35.

⁸² La noción de sobredeterminación viene del marxismo estructuralista de Louis Althusser. Véase: Althusser, L. [1965] (2004) “Contradicción y sobredeterminación”, en *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI. Pp. 71 – 97.

⁸³ Crozier, M. (1970) “El hundimiento de la Universidad” y “El significado de la crisis de Mayo”, en *La sociedad bloqueada*. Buenos Aires: Amorrortu. Pp. 118 – 144.

⁸⁴ Stedman Jones, G. (1970) “El sentido de la rebelión estudiantil” *op. cit.* P. 46.

⁸⁵ Stedman Jones, G. (1970) “El sentido de la rebelión estudiantil” *op. cit.* P. 47.

Como podemos observar, entonces, esta nueva generación estaba en condiciones de cuestionar más frontalmente al Estado gracias a una circulación de significados sobre la guerra en el tercer mundo que mostraban la brutalidad de las potencias consideradas “democráticas” en la política metropolitana. Resaltamos, sin embargo, que no hallamos referencias sobre el impacto de las guerras llevadas adelante por el Imperio de los Windsor en Malasia o en Kenia durante los '50, lo cual significa que no necesariamente son “los hechos”, sino las lecturas que hacen los estudiantes acerca de esos fenómenos.

A su vez, destacamos que esta no era la situación de América Latina. Aquí los estudiantes no enfrentaban poderes estatales que se definieran como la democracia y evitaran reprimir en la política interna, sino todo lo contrario. Inclusive gobiernos formalmente democráticos como el del PRI mexicano, el del Partido Colorado en Uruguay o el del Frente Nacional en Colombia, no dudaban en intervenir militarmente en la vida universitaria. Allí no había entonces una “fachada democrática” que derribar. Por ello, la relación con la violencia, si bien reconocía las influencias intelectuales globales de las “guerras del tercer mundo”, estaba inscrita en la interacción constitutiva entre el movimiento estudiantil, las autoridades universitarias y el gobierno.

Sin embargo, los conceptos de Stedman Jones parecen haber sido una voz solitaria. La cuestión del vínculo entre movimientos de lucha de los sesenta y violencia política fue solapada tras las cuestiones culturales como las lecturas de la vida intelectual, la industria del ocio o las prácticas sexuales. Recién con el cambio de siglo fue retomado con fuerza el vínculo entre el imaginario guerrero, derivado de las luchas por la liberación nacional y social del tercer mundo, y los movimientos estudiantiles de los sesenta.⁸⁶ En tal sentido, la violencia no puede entenderse como un desvío del movimiento social, sino como un elemento que se encuentra en su génesis. La diferencia entre América Latina y Europa consiste en la forma en que se produjo esa simbiosis. En el nuevo mundo a través de la práctica cotidiana, en el viejo desde la ideología revolucionaria y el internacionalismo.

Por último, Stedman Jones recuerda la importancia de la aceleración cultural del intervalo generacional:

“La tercera causa decisiva de la inquietud mundial de los estudiantes es el intervalo creciente entre generaciones, iniciado por la tremenda aceleración del cambio científico y tecnológico. El adelanto intelectual y cultural es ahora tan rápido en tantos campos que la comunicación entre grupos de distintas edades separados por décadas se está haciendo tan difícil como lo era antes entre épocas.”⁸⁷

Estas ideas ya fueron analizadas anteriormente, pero nos interesa aquí señalar un contrapunto de gran densidad. Josep Fontana, en su erudito *En defensa del Imperio...*, afirma exactamente lo contrario:

⁸⁶ Sommier, I. (2008) *La violencia revolucionaria. op. cit.*

⁸⁷ Stedman Jones, G. (1970) “El sentido de la rebelión estudiantil” *op. cit.* P. 47.

“Se trataba, de hecho, de una secuencia de acontecimientos que culminaba la evolución de una década de cambios, la de los años sesenta, cuyos orígenes habría que buscar, sobre todo, en una sensación global de frustración, tanto en «Oriente» como en «Occidente». La segunda guerra mundial se había hecho en nombre de la democracia, la liberación de los pueblos y las mejoras sociales ligadas al estado de Bienestar. Pero al cabo de veinte años el panorama distaba de responder a las expectativas de nuevas generaciones, que veían ante sí toda una serie de motivos de frustración: la crisis económica de los países subdesarrollados y de los de la Europa del Este, la guerra de Vietnam (donde en diciembre de 1968 los combatientes americanos llegaban a la cifra de 536.100), el fracaso de los intentos de transformación social en América Latina y las dificultades de la lucha por la integración racial en los Estados Unidos. Mientras en Europa Occidental se extendía la insatisfacción por la escasa entidad de las conquistas sociales alcanzadas, y la evidencia de que el sistema que se había instalado en algunos países después de la guerra, incluso cuando se presentaba como una socialdemocracia, no estaba hecho para llevar a cabo las viejas promesas de transformación, sino para frenar las acciones que pretendiesen ir más allá de lo que se había decidido conceder inicialmente.”⁸⁸

De estas palabras se desprende una continuidad en las tradiciones, ideas y valores de la política desde la Segunda Guerra Mundial. Efectivamente, las investigaciones sobre lo acontecido en Japón,⁸⁹ o en China durante la Revolución Cultural,⁹⁰ muestran la fortaleza de los viejos contenidos ideológicos en manos de los jóvenes de los sesenta. En todo caso, la discusión sobre las transformaciones de la izquierda merece un desarrollo propio, como parte de los problemas abiertos.

PROBLEMAS Y CUESTIONES ABIERTAS

En nuestro recorrido cruzamos varios textos y perspectivas de análisis, poniéndolos en relación con los estudios de caso, sobre todo de los países latinoamericanos. Entendemos que existen varios núcleos temáticos que representan las vulnerabilidades críticas de las grandes generalizaciones sobre las revueltas estudiantiles de los sesenta:

- Existen dificultades a la hora de periodizar el ciclo internacional. Al mismo tiempo, los circuitos transnacionales de contenidos ideológicos, militantes y perspectivas de acción tienen su importancia para EEUU y Europa Occidental, pero los casos latinoamericanos no permiten asignar tanta significación a estas redes.
- Suelen soslayarse las diferencias entre los casos nacionales y entre los conjuntos de países como los europeos o los latinoamericanos.
- No existe una síntesis que aborde las diferentes relaciones estudiantiles con la clase obrera.
- La vinculación entre movimiento estudiantil y violencia política recién está comenzando a ser planteada de manera sistemática.

⁸⁸ Fontana, J. (2013) *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945*. Barcelona: Pasado y Presente. P. 373/4.

⁸⁹ En Sommier, I. (2008) *La violencia revolucionaria. op. cit.* Pp. 34/7 puede leerse brevemente la continuidad de la lucha antiimperialista de los estudiantes japoneses entre 1948 y 1978. Para ver documentos y relatos sobre el movimiento estudiantil japonés ver: AAVV. [1968] (2015) *Zengakuren. Los estudiantes revolucionarios del Japón*. Barcelona: Descontrol.

⁹⁰ Sobre la Revolución Cultural China el mejor estudio en español es McFarquhar, R. y Schoenhals, M. (2009) *La revolución cultural china*. Barcelona: Crítica.

- La investigación sobre la relación entre movimientos estudiantiles y respuestas represivas todavía se encuentra en sus fases iniciales. En Argentina parece más promisorio, pero carecemos de estudios en otros países y menos que menos de trabajos comparativos.
- Existen escasos trabajos que sistematicen las relaciones entre movimientos estudiantiles y partidos políticos. La idea de los movimientos “al margen” de los partidos parece haber eclipsado la necesidad de analizar con rigor esos vínculos entre las formas de la política institucional y los estudiantes.
- Contamos con elementos para el comienzo de una discusión científica respecto de la relación entre movimientos estudiantiles e izquierda política, donde se incluya la cuestión del rol de los partidos comunistas y la emergencia de la “nueva izquierda”. Tradicionalmente, los analistas ligados a la *New Left Review*, como Stedman Jones, consideraron que los partidos comunistas eran más un obstáculo que una herramienta para la movilización social. Immanuel Wallerstein fue más allá, y sostuvo que además se opusieron a los movimientos surgidos en los sesenta.⁹¹

Autores que analizaron las revueltas de 1968 en América Latina (Río de Janeiro, México y Montevideo), llegaron a conclusiones opuestas, destacando el rol de los comunistas en la construcción de estos movimientos y señalando que, a pesar de su moderación, sin las redes y estructuras organizativas de los partidos comunistas, las revueltas no hubieran sido posibles.⁹² Los estudios de Pablo Bonavena, Juan Califa y Mariano Millán también marcan la importancia del comunismo en el seno del movimiento estudiantil argentino.

Al mismo tiempo, las investigaciones de Vania Markarian demuestran que el comunismo uruguayo no era ajeno a los cambios en los valores políticos y culturales de los sesenta que, para muchos autores, dieron lugar al fenómeno de la “nueva izquierda”.⁹³ Mientras que Francisco Rivera Tobar demostró que la incidencia de estos grupos en la política universitaria chilena era más bien marginal.⁹⁴

Como vemos, esta tónica muestra las diferencias entre América Latina y Europa, pero también con los EEUU, donde varios de los movimientos de la “nueva izquierda”, como el SDS, señalaban su distancia con el marxismo.

⁹¹ Wallerstein, I. (1989) “1968. The great rehearsal”, en Arrighi, G., Hopkins, T. y Wallerstein, I. *Antisystemic movements*. London: Verso.

⁹² Gould, J. (2009) “Solidarity under Siege: The Latin American Left, 1968” en *American Historical Review*, abril. Pp. 348 – 375.

⁹³ Markarian, V. (2011) “Sobre viejas y nuevas izquierdas. Los jóvenes comunistas uruguayos y el movimiento estudiantil de 1968” en *Secuencia* n° 81. México: Instituto Mora. Pp. 159 – 186.

⁹⁴ Rivera Tobar, F. (2011) “Laicos, Católicos y Técnicos: Análisis comparativo de las experiencias de reforma universitaria en la universidad de Chile, Católica y Técnica del Estado. Chile 1960-1973” *op. cit.*

- Lamentablemente, la relación entre las cuestiones de género y el movimiento estudiantil apenas recibió atención parcial, y para el caso mexicano.⁹⁵
- Casi no existen trabajos sobre la militancia de derechas en el movimiento estudiantil.⁹⁶
- Por último, existe una ausencia significativa de indagaciones sistemáticas de las relaciones entre movimiento estudiantil, autoridades universitarias y proyectos y/o procesos de reforma, así como tampoco contamos con trabajos comparativos en tal sentido, que ilustrarían con mayor claridad los programas de ruptura o transformación institucional que desarrollaron los movimientos estudiantiles.

Este apurado ensayo bibliográfico no se propuso resolver estas cuestiones, sino plantearlas de acuerdo al estado actual de conocimiento. En tal sentido, nuevas versiones de esta propuesta y su desarrollo podrán constituir avances.

⁹⁵ Pech, A. y Romero, O. (2013) “El olvido de las mujeres asesinadas en el movimiento estudiantil de 1968 en México” en *VitaBrevis* n° 3. Pp. 125 – 144.

⁹⁶ Una excepción, que en realidad excede a lo estudiantil pero lo contiene, es Jung, M. (2015) “El Movimiento pro Universidad del Norte de Salto. Del reclamo localista a la ofensiva de las derechas (1968-1973)” en *Passagens. Revista Internacional de História Política e Cultura Jurídica*, vol. 7 n° 2. Río de Janeiro, pp. 391-426.